

Humanidad, Política y Utopía. Aportes de la Teología de la Liberación y la Reconceptualización, para pensar el papel del Trabajo Social hoy

Eliana Cedrés¹

Resumen

Esta publicación pretende recuperar el eje central de discusión de una investigación fundamentalmente teórica, que se dio en el marco del aprendizaje académico de la Licenciatura de Trabajo Social.

Para ello abordaremos en un principio, y de manera simplificada, algunas claves de la Teología de la Liberación, y su vínculo con el Movimiento de Reconceptualización del Trabajo Social. En un segundo momento se planteará el núcleo de discusión, intentando aportar al debate de nuestro papel como Trabajadoras/es Sociales en la sociedad de hoy en día, trayendo las características de los movimientos antes nombrados, y poniéndolas a contraluz con algunas claves que entendemos interesantes a la hora de pensarnos como profesionales.

Por último, y a modo de conclusiones, esbozaremos la clave del artículo buscando una apertura al diálogo y a los aportes que puedan surgir desde el colectivo profesional, entre otros. La metodología que utilizamos fueron básicamente fuentes secundarias, es decir, se recopiló y analizó información obtenida a través de libros, revistas, artículos, encíclicas, etc.

Palabras claves: Trabajo Social, Teología de la Liberación, Reconceptualización.

Introducción

La bibliografía de la relación de la Iglesia Católica -sobre todo desde la Teología de la Liberación- con la profesión desde la Reconceptualización, es -al menos en nuestro país- muy escasa o casi nula, por lo que la importancia del presente objeto de estudio radica en la posibilidad de producir memoria, y retomar el debate del papel profesional a cincuenta años de la Reconceptualización.

En un país que se define por su laicidad a nivel educativo, la Teología de la Liberación ha quedado prácticamente al margen de los debates del Trabajo Social, a pesar de que se da paralelamente al proceso de Reconceptualización.

La relación entre la Iglesia Católica y la profesión, mostrada y estudiada desde antaño, parece saltarse en Uruguay las décadas

¹ Licenciada en Trabajo Social por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Trabaja en el Programa Cardjin y Programa Uruguay Trabaja del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Correo electrónico: elicedres@gmail.com

del 60 y 70 del siglo pasado, donde también la institución cristiana mueve sus raíces en post de cambio social. Este artículo busca remover el polvo de ese aporte, y hacer espejo con nuestro papel profesional, para seguir re-conceptualizándonos.

1. La Teología de la Liberación y la Reconceptualización

Con la secularización “tardía” de nuestra profesión, que se define “moderna y laica” recién a mediados del SXX, se da una “suerte de “desacralización” y de subestimación de la asistencia social, educación, y promoción, tareas que constituyen tal vez la más próxima descripción del quehacer transformativo del Trabajo Social en ese momento”. (Porzecanski, 2005: 284)

La iglesia como institución social, más allá del ámbito religioso, ha jugado desde antaño un rol fundamental en el trabajo social, desde la paliación de la miseria en un comienzo (Swaan, 1992: 258-259), hasta las opciones más radicales de lucha por la justicia, de la mano de la Teología de la Liberación en América Latina, siendo menester retomar algunos de los aspectos de esta corriente, que retoma al decir de Porzecanski, una de las virtudes intocadas del cristianismo: «el amor desinteresado, que las ciencias y las ideologías aún no han podido integrar en la práctica de sus postulados básicos” (Porzecanski, 2005: 285).

1.1. Teología de la Liberación: origen y concepto

La Teología de la Liberación surge como corriente dentro de la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II, llevado adelante por el Papa Juan XXIII en el año 1962, en donde entre otras cosas se hace un llamado a volver a las raíces carismáticas, y a la centralidad del mensaje evangélico, apoyándose en algunas ideas como: la opción por los pobres, la apertura al diálogo interreligioso, la concepción de Pueblo de Dios desde el ecumenismo, entre otros.

Desde el Concilio en América Latina pun-

tualmente se comienza a pensar una teología y una praxis social de fe, que surge desde el continente. Un proceso de similares características acontece con el Trabajo Social en la Reconceptualización. Ambos movimientos remueven sus postulados históricos, en tanto también desde la Iglesia Latinoamericana se adoptaban históricamente los «criterios» dogmáticos, y conceptos teológicos propios de Europa, como lo hacía el Trabajo Social con las teorías y prácticas europeas y norteamericanas.

Para la definición de esta corriente eclesial, tomaremos el primer concepto expuesto por su mayor referente, el sacerdote y teólogo peruano, Gustavo Gutiérrez:

“La teología como reflexión crítica de la praxis histórica, es así una *teología liberadora*, una teología de la transformación liberadora de la historia de la humanidad (...) Una teología que no se limita a pensar el mundo, sino que busca situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado: abriéndose -en la protesta ante la dignidad humana pisoteada, en la lucha contra el despojo de la inmensa mayoría de los hombres, en el amor que libera, en la construcción de una nueva sociedad, justa y fraternal- al don del reino de Dios” (Gutiérrez, 1972: 40-41)

1.2. Puntos de contacto entre ambos movimientos

En su contexto axiológico y ético, el Trabajo Social se encuentra fuertemente “vinculado al ámbito de lo religioso, específicamente al marco de la Cristiandad, a partir de la idea judeo-cristiana de responsabilidad moral e individual respecto del semejante” (Porzecanski, 2005: 279)

Esta relación, que se da históricamente entre la religión cristiana y la profesión (De Robertis, 2009), no deja de suceder en las décadas del 60 y 70. Pero es interesante ver cómo –también en este contexto histórico-ambas Instituciones se repiensean, y reformulan sus postulados básicos, con dos claves centrales: afianzar una postura latinoamericana,

y, optar decididamente por transformar la sociedad.

En este proceso de surgimiento y desarrollo tanto de la Reconceptualización como de la Teología de la Liberación, entendemos que se han dado una serie de ejes temáticos compartidos, que esbozaremos a continuación como puntos de contacto entre ambas corrientes, de la mano de sus supuestos fundamentales.

1.2.1 Ruptura con la tradición institucional

Tanto la Reconceptualización como la Teología de la Liberación se caracterizan por provocar un «quiebre» en la historia de sus respectivas instituciones y/o ámbitos, desde el planteo de diferentes concepciones en las maneras de vivir la profesión y la fe, la práctica social y los métodos, así como los conceptos más esenciales que nutren la vivencia cotidiana de sus actores.

Ambas corrientes en diferentes esferas, sienten la necesidad imperiosa de pensarse y recrearse desde su realidad particular, en este caso desde América Latina: «Teología en perspectiva latinoamericana» dirá Gutiérrez (1972: 39). Y ambos movimientos vividos contemporáneamente, con las características de un continente inmerso en una revuelta social y política.

Hasta ese momento, más allá de las perspectivas personales y las formas de actuar de cada una/o, como colectivo no se había producido un cuestionamiento a las formas de concebir a la otra persona, «al pobre», al «desposeído». Como tampoco se habían cuestionado colectivamente las formas de abordar las problemáticas, siendo -tanto nuestra profesión como la iglesia desde sus proyectos sociales-funcionales a un sistema reproductor de la miseria que quería erradicar.

En este aspecto, “(...) la Reconceptualización fue el producto de una actitud crítica frente al modelo positivista-funcionalista. Y la afirmación de un Trabajo Social consustanciado con lo latinoamericano, frente a las embestidas dominantes del poder norteamericano, de cuyas formas profesionales habíamos sido trasmisores desde los años de nues-

tra formación.” (Kisnerman, 2005: 35)

Mientras que la Teología de la Liberación buscaba romper con una matriz de pensamiento religioso, que termina siendo cómplice de un discurso dominante reafirmado –sobre todo- desde la jerarquía eclesial.

Dirá Gutiérrez en esa época, que “ser iglesia quiere decir tomar una clara posición respecto de la actual situación de injusticia social y del proceso revolucionario que procura abolirla y forjar un orden más humano. El primer paso consistirá en reconocer que, en realidad, una postura ya está tomada: la iglesia se halla vinculada al sistema social vigente. Ella contribuye en muchos lugares, a crear «un orden cristiano» y a dar un cierto carácter sagrado a una situación alienante y a la peor de las violencias: la de los poderosos contra los débiles. La protección que recibe de la clase social usufructuaria y defensora de la sociedad capitalista imperante en Latinoamérica, ha hecho de la iglesia institucional una pieza del sistema, y del mensaje cristiano un componente de la ideología dominante» (Gutiérrez, 1972: 342)

En síntesis, podemos decir que la ruptura con la tradición institucional de ambas corrientes, se da al menos en tres puntos:

- Se modifica la concepción del pobre (oprimido): de receptor/beneficiario a protagonista
- Asunción de un rol político de las/os agentes: con el fin de transformar las estructuras en función de la necesidad de la gente, y no a la gente para que “entre” en las estructuras establecidas.
- Renovación de métodos: se rompe con el esquema vertical de abordaje a la realidad de las personas para trabajar con ellas, desde nociones como la educación popular (Freire, 1970)

1.2.2. Opción por los pobres desde una noción clasista

Un segundo punto de contacto, y quizá el más propio de la Teología de la Liberación, ha sido la opción deliberada por los oprimidos desde una noción clasista, y el trasfondo

por ende de lucha de clases que jamás se había incluido abiertamente en ninguna teología, por asociar cualquier idea Marxista a una herejía.

Es indudable que en ambos casos el pensamiento de Karl Marx hizo mella, sobre todo quizá desde autores como Gramsci (1977) en el caso de la Teología de la Liberación, desde “la praxis, y dirigido a la transformación del mundo”, con una nueva actitud que se expresa con nitidez en las Tesis sobre Feuerbach, en las que Marx (1845) expone, concisa pero penetrantemente lo esencial de su enfoque, así como en la temática del hombre nuevo de los Manuscritos Económico-filosóficos, de 1844. A la presencia de Gramsci en la forma en la cual Gutiérrez (1994) concibe la teología, se asocia también el nombre de Mariátegui (1970: 119) en *Peruanicemos el Perú*, cuando plantea que “La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla y crearla se identifican”, y que esta facultad de pensar la historia tiene, para la teología, un sentido preciso: pensarla desde los vencidos (Cabestero, 2002)

En tanto desde la Reconceptualización este aporte del marxismo también significaba una verdadera innovación, ya que comienza una divulgación de esta corriente de pensamiento sobre sectores que tradicionalmente estaban en contra del materialismo histórico y dialéctico y empiezan a considerarlo una herramienta adecuada para el análisis del cambio.

Planteadas la noción clasista que tiñe esta “opción por los pobres”, es menester señalar que históricamente la idea de neutralidad ideológica no hizo otra cosa más que apoyar a la clase dominante, al status quo. En cambio, “al optar por la transformación, el Trabajador Social ha hecho de su causa la causa de la lucha de los sectores populares (...)” (Rebellato, 1989: 193)

A pesar de que el conflicto social siempre estuvo allí, se lo mantenía totalmente desconectado de la práctica social y de la teoría que la sustenta, tanto desde la profesión como desde la pastoral, hasta que se lo reconoce por fin a partir de las décadas que hemos desarrollado: «La lucha de clases es un hecho y la neutralidad en esa materia es imposible» (Gutiérrez, 1972: 353)

Una vez aceptada la realidad de lucha social, se comienza a cuestionar el papel que se jugaría en esa sociedad dividida, teniendo que optar frente a la existencia de “pobres y empobrecedores, oprimidos y opresores (...)” ya que “ambos tipos de realidades están en conflicto, y la opción por uno es opción contra otro” (Sobrino, 1993: 891).

Una opción por los pobres que se hace desde una noción de praxis transformadora, buscando la liberación, y distanciándose, como plantea el Papa Francisco, de una caridad a la carta, una serie de acciones tendientes sólo a tranquilizar la propia conciencia (PP Francisco, 2014). Es decir, solidarizándose resueltamente con los oprimidos y despojados en la lucha por una sociedad más justa (Gutiérrez, 1972)

De la mano de Paulo Freire, este concepto introducido por la Teología de la Liberación de “opción por los pobres” en el campo social, y en el Movimiento de Reconceptualización, se entiende particularmente como herramienta de su propia liberación. La novedad de Freire es plantear que “ese pobre, ese oprimido jamás es solamente un oprimido. Es también creador de cultura y sujeto histórico que, cuando está concientizado y organizado, puede transformar la sociedad” (Gadotti y Torres, 2001: 444)

Esta opción desde el colectivo profesional, así como de los adherentes a la Teología de la Liberación, significaría generar el empoderamiento necesario para que se transformen en protagonistas de su propia historia, acompañando el proceso como facilitadoras/es -desde las instituciones a las que pertenecían- de algunas herramientas necesarias para el cambio, a veces más comprometidos y a veces menos, pero siempre con un objetivo intrínseco y unificado: la lucha por la justicia social.

1.2.3. ¿Práctica subversiva?: Agentes de Pastoral y Agentes de cambio

La palabra subversiva, a pesar de que tenga una connotación política, peyorativamente hablando, entendemos que define de muy buena forma a lo que se espera, y esperamos también nosotras/os de nuestro *quéhacer* pro-

fesional, así como en el ámbito del seguimiento cristiano.

Esta palabra proviene del latín “*subvertere*”, que significa: trastocar, dar vuelta. Se refiere entonces a un proceso por el que los valores y principios de un sistema establecido se invierten. Y como planteamos en el correr del documento, la necesidad imperiosa de *subvertir* la realidad latinoamericana es central en la práctica de las/os agentes sociales y pastorales.

Hemos visto cómo históricamente tanto el Trabajo Social como la Iglesia Católica han sido, en la mayoría de los casos, funcionales al sistema dominante. Desde la década del 60 hemos contemplado a su vez un cambio sustancial en muchos planteos de ambos espacios, con fuertes rechazos dentro y fuera de los colectivos, pero que han dejado huella tanto a nivel de conceptos teóricos como de prácticas sociales concretas.

Volviendo al papel de nuestra profesión, vemos que la Reconceptualización impulsa una transición por la cual se verá al Servicio Social inserto en la división socio-técnica del trabajo, que se caracterizará por funcional (desarrollista) como planteábamos anteriormente, en tanto se tiene de referente a la sociedad capitalista industrial y la expansión urbana; una profesión fuertemente racionalizada, en el esfuerzo de tecnificarse cada vez más; que a su vez aumenta su profesionalización, pero que todavía en ese tiempo carece de teoría propia, a pesar de algunos aportes, siendo en ese entonces una profesión cuyo rol esencial era la intervención de la “cuestión social”. (Iamamoto, 1992)

Otro enfoque sobre el mismo fenómeno, es planteado por Netto, y lo retoma Montaña (1998), quien deja ver la relación sustancial de la profesión con el Estado, sobre todo en esta época del Estado de Bienestar, haciendo notar el rol de ejecutor/a u operador terminal de las políticas sociales, y por ende su figura legitimadora por excelencia del sistema vigente. Es interesante ver en este punto desde Claramunt (2009), que las dimensiones del Trabajo Social contemplan la asistencia y promoción como dos de las aristas fundamentales de nuestro trabajo, y en este aspecto, es

bueno no “demonizar” ese papel ejecutor, más allá de que se le impongan críticas fundadas.

Pero estos roles en definitiva no están verdaderamente contruidos por sus agentes, como plantea Martinelli (1997), sino que es en cierta forma un rol “alienado”, en tanto está supeditado al Estado, que genera la realidad social que justamente quiere cambiar.

Un planteo que desde el núcleo de la Reconceptualización se reafirma, y trae sobre la profesión la certeza de una praxis liberadora, de la que se desprende uno de los papeles fundamentales del/a Trabajador/a Social: educar para la concientización y participación, pues en su trabajo debe estar siempre la intención de brindar elementos para generar una conciencia crítica, reflexiva y solidaria (Freire, 1974)

En síntesis, desde el papel propuesto por el Movimiento “los trabajadores sociales están comprometidos con un ideal de justicia social: mejorar el bienestar y los derechos de las personas y los grupos, y también, trabajar por el logro de un cambio en las actitudes y políticas que crean o mantienen desigualdades o desventajas sociales” (De Robertis, 2009: 208)

Por su parte, la pastoral social, como empieza a llamarse lentamente a la “gente de iglesia” que trabaja con los pobres de una manera más organizada, comienza también a identificarse con un estilo menos conservador y funcional al sistema, pero que sigue con una fuerte dependencia de los “asistidos”.

Como planteaba un sacerdote de Montevideo: “Por lo general se trata de conseguir alimentos, ropa, remedios o dinero. Sin embargo, este «hacer algo», reducido a obtener y distribuir recursos materiales, tropieza tarde o temprano con una sensación de estar nadando contracorriente, de estar siendo ineficaces o, peor aún injustos. Hay que ser muy terco para no ver tantos signos contradictorios: la desproporción enorme entre la cantidad de gente que sufre carencias básicas y la poca gente a la que se llega, la evidencia de estar apenas arañando la superficie de los problemas, la consolidación de conductas dependientes, oportunistas o individualistas. Más aún, emerge la sospecha de que con las

donaciones que empiezan y terminan en sí mismas estamos impidiendo descubrir y afrontar las verdaderas causas de estas situaciones de marginación.” (Bonavía, 1994: 16)

En cierta forma puede verse que a lo largo de estos años la pastoral social como forma de servicio social a través de la Iglesia, se iba afianzando en un humanismo, en el sentido que plantea Kruse: “porque creemos que ese hombre que conocemos en la cárcel o en la villa, o en un consultorio psiquiátrico, puede ser concientizado y puede promoverse a sí mismo a la antítesis de su situación actual. No es el nuestro un humanismo optimista, vacuo y falaz, es un humanismo dialéctico, realista, que implica un compromiso y una praxis». (Kruse, 1986: 73)

Este servicio social como eje del rol de la Iglesia en la sociedad desigual, se nutre de la esencia misma del cristianismo, en tanto “además de vivir personalmente los efectos más dramáticos de la marginación, Jesús optó por los marginados. Se decantó por ellos con todos los riesgos que esta opción implicaba. Vivió para ellos, los defendió, les infundió esperanza. Probablemente alguna vez se ocupó de sus necesidades materiales, proporcionándoles alimento y curando sus enfermedades. Los marginados no fueron para Jesús una verdad teórica, sino un imperativo práctico» (Fraijó, 1985: 66), y la Teología de la Liberación retomará este imperativo para vivirlo como ley cotidiana.

En definitiva, podemos decir que, ambos movimientos buscan desarrollar un papel que sea generador de un proceso de liberación de los pueblos, no sin brindarles la asistencia necesaria, pero sí facilitando las herramientas para que la dependencia sea cada vez menor, y que en definitiva como plantea Gutiérrez «... los oprimidos mismos sean los agentes de esa acción pastoral; los marginados y desposeídos que no tienen todavía voz propia en la sociedad” (Gutiérrez, 1972: 349-350).

2. Aportes de ambos movimientos para pensar el papel del Trabajo Social hoy

A modo de conclusión en este apartado, quisiéramos adentrarnos en los aportes que entendemos han sido baluartes de estos movimientos en cuanto al papel profesional del/a Trabajador/a Social, brindando como contribución particular un bosquejo de las características que, a nuestro parecer, serían interesantes retomar a la hora de pensar el actuar de nuestra profesión hoy.

Utilizaremos para esta exposición tres ejes como contenidos básicos del papel resultante del análisis anterior, que a su vez serán desglosados en verbos, en tanto estos tienen la virtud de indicar acciones, buscando de esta manera concretar lo que puede resultar por demás abstracto en un comienzo. Los tres ejes elegidos: Humanidad, Política, y Utopía, buscan también seguir una lógica de círculos concéntricos, mirando el *quehacer* profesional desde lo macro a lo micro, y viceversa, en un ejercicio de dialéctica permanente.

Sin ánimo de absolutizar los conceptos vertidos a continuación, se presentan las características nombradas, esperando se entiendan como humildes aportes para seguir pensándonos, soñándonos, forjándonos.

2.1. Humanidad

El primer eje descrito en este punto tiene que ver con la esencia misma del Trabajo Social. El Ser Humano como objeto y sujeto de nuestro trabajo cotidiano, ha sido desde el comienzo, y siempre, la razón de ser de nuestra profesión.

Desde esa perspectiva podemos debatir sobre las formas con las que lo definimos, reconocemos, trabajamos, nos acercamos, etc. Pero lo que nos parece indiscutible, es que el amor hacia la persona como tal, ha sido y esperamos siga siendo, el motor más genuino de nuestro actuar.

Retomar este eje que parece una obviedad a la hora de repensar el papel de hoy, deja de serlo en el marco de una cultura que nos invita cada vez más a la deshumanización. Y ésta, que planteábamos en otro momento como de-

safío compartido por la Iglesia y la profesión (García y Terra, 1991) sigue siendo hoy, dos décadas después, la clave primaria de nuestro papel profesional en la sociedad del siglo XXI.

Cuando hablamos de humanidad, la entendemos como la capacidad de sentir afecto, compasión, y solidarizarse con los demás, entre otras actitudes que son propias del ser humano.

Para concretar la idea de que el Trabajo Social debe subrayar esta clave en su quehacer, utilizaremos tres verbos que pueden ayudar a aterrizar un concepto por momentos tan genérico, basándonos en los aportes de la Reconceptualización y la Teología de la Liberación que refieren a esta característica del papel profesional: *Palpar, Asistir, Animar*.

2.1.1. Palpar

Este verbo proviene del latín *palpare*, que significa “tocar con las manos, sentir”. Desde su etimología nos lanza un puntapié para retomar ideas expuestas por los movimientos estudiados.

Palpar la realidad de la persona con la que trabajamos. Por un lado, entonces, se nos invita a “tocar” la realidad, y en esto, el móvil primario de la Reconceptualización, que busca antes que nada acercarse a la realidad latinoamericana (Parra, 2006), es decir, a esa realidad “*palpante*” con la que convive y de la cual poco conoce, y poco está pudiendo hacer, sobre todo por importar modelos que nada tienen que ver con las situaciones experimentadas.

Y este tocar la realidad implica acercarse, pensarla y conocerla desde dentro, para plantear posibles herramientas de cambio que surjan de ese mismo espacio, al decir de Kruse: “un Trabajo Social que se integre a la realidad nacional, a un “espacio situación específico”” (Kruse, 1969: 13)

Por otro lado, poder “sentir” esa realidad. Cuando hablamos de sentir, nos parece interesante retomar lo expuesto por el Concilio Vaticano II, cuando expresa que nada de lo humano le es ajeno; en este caso lo plantea para la Iglesia, pero bien podemos retomar lo para la profesión.

Sentir la realidad implica matizar en parte la *neutralidad afectiva* (Girola, 2010), dejándonos mover interna y externamente por la situación que nos alcanza. Evidente que el actuar profesional no puede llevarse por instintos y por eso hablamos de *matizar*, pero sería interesante volver a contactar con esa *compasión* fundadora de toda acción social (Porzecanski, 2005) en el sentido más puro de la palabra: *pader-con* la persona, y que eso vaya formando una práctica social que se gesta en “el contacto cotidiano con los desposeídos” (Rebellato, 1989: 191)

La humanidad profesada por estos movimientos desde la forma que nos proponen para acercarnos a la realidad con la que trabajamos, nos plantea entonces dos cuestiones centrales: por un lado adentrarnos en ese contexto, en la situación específica de los oprimidos; y por otro lado, dejar que esa situación nos interpele, nos genere lo que humanamente debe generarnos, rompiendo con el miedo a la dimensión afectiva, y dejando que efectivamente nos *afecte*, para poder seguir forjándonos como humanos además de profesionales.

2.1.2. Asistir

Este segundo verbo tiene tal importancia en nuestro rol profesional, que fue clave incluso a la hora de definirnos durante muchos años: Asistentes Sociales. Pero hoy día, y hablo desde mi generación (2010) resulta casi despectivo que te llamen así en vez de trabajador/a social por lo que enseguida le aclaramos a la persona que eso era antes (Navarro, 1998), y que ahora no nos dedicamos a la asistencia, sino a generar procesos con la gente y para la gente.

Este planteo, que traemos un poco irónicamente, pero con una evidencia empírica innegable, nos hace pensar en retomar este verbo a la hora de pensar la humanidad de nuestro papel en la sociedad como profesionales.

Pues, en el afán de cambiar el mundo, muchas veces nos olvidamos de cambiar la situación concreta, y éste sólo cambiará cuando esta cambie. ¿Por qué este planteo? Porque queremos retomar la noción sobre todo

desde la Teología de la Liberación que promueve la emancipación, el empoderamiento, la liberación de los oprimidos, pero a su vez la asistencia como sostén de estas acciones transformadoras. El Concilio Vaticano II es claro en este aspecto: Donde haya hombres que carecen de comida y de bebida, de vestidos, de hogar, de medicinas, de trabajo, de los medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana (...) allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana.

La caridad históricamente se ejercía revelando una relación asimétrica entre el que daba y el que recibía, más allá de la carga moral ya nombrada en el documento. Tanto la Teología de la Liberación como la Reconceptualización en este aspecto promueven la solidaridad, pues se brinda horizontalmente, pero, en definitiva, se asiste.

Asistir es ayudar. Y ayudar no es una mala palabra.

El rol de administradoras/es de recursos produce un cuestionamiento real de esa ayuda, de la asistencia, en el marco del proceso del rol profesional que tiene su origen en los años 80 y 90 del siglo pasado, detrás de un “tecnicismo” propuesto por las modificaciones en las matrices de las políticas sociales, que promueven, entre otras cosas, una focalización de estas políticas. Que el accionar del Estado apunte a un grupo social específico, implica que alguien debe encargarse de llevar a cabo la “identificación” de los pobres, y esos serán los técnicos, con especial énfasis, los trabajadores sociales. (Almada y Frau, 2003: 3)

Estamos de acuerdo en que la asistencia no puede ser el fin último de nuestro actuar, o al menos esperamos que no sea así. Pero entendemos relevante retomar el carácter positivo de esta dimensión del trabajo social (Claramunt, 2009) que tiende a considerarse sólo relevante en épocas de crisis.

Es verdad que nuestra función está supe- ditada a los objetivos de las instituciones en las que trabajamos, muchas veces siendo ejecutoras/es de las políticas que otras/os delinearon, pero como plantea Iamamoto: “nuestra práctica no está aislada, la institución no puede ser pensada como un obstáculo de nuestro trabajo que limita nuestra acción; la insti-

tución es condición de trabajo, es nuestro reto el trabajar dentro de los límites y ahí dentro de estas condiciones reales, buscar imprimir nuestro norte en ese trabajo” (Iamamoto, 2002: 100).

La asistencia si no se acompaña de una crítica cae en una reiteración burocrática del actuar profesional, pero el Trabajo Social está llamado a reflexionar su práctica, y a ser facilitadoras/es también en los puestos terminales de las políticas sociales. Un lugar que poco a poco ocupan otros profesionales (o voluntarias/os) por desvalorizar nosotros la asistencia como dimensión fundante de nuestro rol profesional (Baráibar, 2005).

Asistir es necesario cuando la realidad con la que nos topamos lo exige. ¿Dar el pescado o enseñar a pescar? Es la incertidumbre de siempre. Sin dudas la Teología de la Liberación nos diría: da el pescado, y cuestiona la situación. Confiadas en que la humanidad propia de nuestra profesión desde la empatía, sabrá poner en marcha aquél refrán cargado de realidad: “primero vivir, luego filosofar”.

2.1.3. Animar

Luego de acercarnos a la realidad con la que trabajamos, conociéndola de cerca y sintiendo las problemáticas, asumimos como dimensión fundamental poder asistir a la persona con la que entramos en contacto, sin sentir que estamos hundiéndola en su realidad inmutable.

Pero, además, como aporte fundamental de la Reconceptualización y la Teología de la Liberación, a partir de los años 60 y 70, se fue incorporando otra dimensión del rol profesional, que tiene que ver con el desarrollo integral de la persona y la comunidad, y que busca sobre todo, poder hacer verdaderos protagonistas de sus cambios a quienes se los veía como pasivos receptores de ayuda social: los pobres, los oprimidos.

Este tercer verbo que ponemos en el eje de humanidad, tiene desde su etimología un desafío interesante para el/la Trabajador/a Social, en tanto su raíz latina significa *dar vida* (soplar, anima).

No se trata entonces de ser humanos sin

ser profesionales. Pero sí profesionales que aman esa humanidad con la que trabajan, y que, por lo tanto, quieren verla emancipada, libre, digna, íntegra. Se trata de incorporar todas las fases de nuestro ser personas que nos sean posibles, sin avasallar por no conocer, sin denigrar por no ayudar, sin dominar por no animar.

Animar implica un acto de reconocimiento de la dignidad del otro, que es principio y fin de nuestro actuar, y que nos empuja a querer creer (no desde la inocencia) en ese cambio siempre posible de la situación con la que nos encontramos.

Freire (1984) desde sus aportes a los movimientos estudiados en esta monografía, incorporó una de las nociones más elementales para este animar al que somos llamadas/os como profesionales: la educación popular. Y en este aspecto el reconocimiento que planteábamos recién de la dignidad del otro, de la dignidad de su cultura, de sus saberes, que lo hacen ser.

En términos de Freire la educación popular es un esfuerzo en el sentido de la movilización y de la organización de las clases populares (Torres, 1985). Nuestro reto es animar esta movilización y organización que sirva de herramienta para ejercer una verdadera ciudadanía.

Es parte de una humanidad mirada globalmente, en el que el compromiso social con los oprimidos es clave para la coherencia de nuestro actuar. Un Trabajo Social que cimiente en la práctica relaciones sociales democráticas, abiertas, participativas, cooperativas, solidarias, respetuosas de la diversidad y de las experiencias de lucha de nuestro pueblo (Negri, 2008) estará animando humildemente a la superación de una realidad inhumana que muchas veces nos abate.

No se trata de mesianismos, ni de ser quienes tenemos sobre nuestros hombros el cambio social tan profesado, en esto la Reconceptualización peca de soberbia (o esperanza) en algunos casos. Se trata de facilitar desde nuestro lugar lo posible, y creer que la gente hará el resto.

2.2. Política

Introducir la política como eje central del papel profesional hoy ha sido por demás complejo, en parte por las confusiones típicas entre política y política partidista, y también, de la mano de la Reconceptualización, lo que podría confundir la dimensión ético-política con el militatismo (Quiroz, 1975) que planteamos como problema en un apartado anterior.

Pero luego de plantear la humanidad como génesis si se quiere de nuestra profesión y, por lo tanto, como esencia, nos parece relevante tomar este aspecto que ciertamente de la mano de los movimientos estudiados, se coloca en el tapete del actuar del Trabajo Social latinoamericano.

La política entendida como la *cuestión de la polis* es algo que debería atañarnos a todas/os. Y en este aspecto, en un ejercicio de ir de lo concreto (humano, particular) a lo general (sociedad), quisiéramos incorporar dos verbos que pueden ayudar a definir los aportes de la Reconceptualización y la Teología de la Liberación, en la concepción del rol político profesional: *Denunciar* y *Anunciar*.

2.2.1. Denunciar

Si venimos al Uruguay de hoy día, de la mano de algunos debates políticos salen a la luz varias cuestiones que están en el trasfondo de esta sociedad en la que vivimos, donde la capacidad de indignación que tenemos (como comunidad) para con las consecuencias de la miseria y la desigualdad social (por ejemplo: la inseguridad) no condice con la que tenemos con las causas de la misma, años y años de explotación y negación de derechos humanos, como planteaba Girardi: «la violencia institucionalizada va aliada generalmente con la hipocresía institucionalizada» (Girardi, 1971: 43)

El papel político del/a Trabajador/a Social debe en primera instancia tener una memoria activa y permanente, que promueva una actitud crítica frente al sistema vigente. Sistema que más allá de los avances que puedan enumerarse, sigue generando por sus máximas,

la exclusión y deshumanización de gran parte de su sociedad.

Debe poder denunciar con su actuar las causas de las problemáticas sociales, y levantar la voz aún cuando su trabajo sea indirectamente perpetuar las mismas, a través de políticas que no buscan el cambio de estructuras. Al decir del Teólogo Gutiérrez con referencia a su Iglesia Latinoamericana: “la iglesia debe hacer la denuncia profética de toda situación deshumanizante, contraria a la fraternidad, a la justicia y a la libertad; criticando, al mismo tiempo, toda sacralización de las estructuras opresoras a la que ella misma ha podido contribuir» (Gutiérrez, 1972: 344-345)

Desde nuestra profesión, entendemos que la Reconceptualización marcó un quiebre con las posturas tradicionales del Servicio Social, que eran meramente funcionales al sistema vigente, y es menester traer este aspecto –a pesar de sus carencias metodológicas- al pensar el Trabajo Social hoy (Kisnerman, 1975).

El/la trabajador/a social “enfrentado(a) a la práctica de campo, experimenta una contradicción entre lo que es la estructura de su personalidad, y la realidad de los sujetos populares junto a los que va a trabajar (Rebellato, 1989: 188), y la Reconceptualización invita a sublevar esa realidad, aunque termina sin concretar el cómo “(...) las teorías corrían a diez kilómetros de las prácticas” (Porzecanski, 1972: 191)

Por otro lado, creemos que ese *cómo* tiene su eje en lo colectivo, en nuestro colectivo profesional que también fue impulsado por la Reconceptualización (Melano, 2007). Es decir, no se pretende que un/a Trabajador/a Social renuncie a su trabajo por no coincidir con la política tal, y salga a la calle para protestar, etc., sino que entendemos relevante retomar la perspectiva de asociatividad para ejercer el derecho (y el deber) de la denuncia.

La dimensión política de nuestro rol se nutre fundamentalmente de la organización, y entendemos que este aporte es fundamental para no adormecernos frente a un sistema que sigue siendo excluyente para un gran sector de la sociedad, justamente el sector con el que trabajamos y al que nos debemos. “Nosotros trabajamos con intereses que no son idénti-

cos, entre las demandas que nos hacen nuestros empleadores y las necesidades de la población que atendemos. Son intereses de clases sociales diferentes, de los cuales nosotros no podemos huir” (Iamamoto, 2002: 98)

La denuncia como colectivo en el plano social es apremiante, y se nutre de una reflexión a la interna que implique una praxis, como plantea Claramunt, se trata de discutir y actuar, desde una matriz de “valores que orientan la intervención profesional y que sitúan al Trabajador Social de manera posicionada en las relaciones de poder que están presentes en su campo de actuación” (Claramunt, 2009: 99).

2.2.2. Anunciar

La Teología de la Liberación como corriente cristiana hará mucho hincapié en el anuncio de lo que los católicos conocen como *Buena Noticia*. Este concepto de fe tiene una dimensión social y antropológica que es la que nos compete como profesionales: «sociológicamente la teología de la liberación ha sido una excelente guía para la difusión de los principales conceptos de la llamada «sociología del cambio» (Kruse, 1986: 81), y su esencia radica en la novedad del *Reino*. Otro concepto creyente, que históricamente se concibió como lugar al que se llegaba en la vida eterna, pero que (entre otros) las/os teólogas/os de la liberación traen a la actualidad, a lo cotidiano, y a América Latina.

El anuncio de la Buena Noticia expresado por la Teología de la Liberación define lo que muchas/os de nosotras/os llamamos como *otro mundo posible*, «La hermenéutica del reino de Dios consiste sobre todo en hacer que el mundo sea mejor» (Schillebeeckx en Gutiérrez, 1972: 29). Y este anuncio trae aparejado la lucha porque ese mundo acontezca aquí y ahora. Por la positiva si se quiere, este anunciar pretende dar voz a los sin voz (Romero en Brockman, 2002), y va de la mano de la denuncia planteada en el punto anterior, buscando una coherencia en el discurso y la práctica colectiva.

En este aspecto creemos que la Reconceptualización y la Teología de la Liberación nos

dejan un aporte para las generaciones actuales, que consiste en acompañar (y proclamar) las aspiraciones de los pobres. “La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética” (PP. Francisco, 2014: 169)

2.3. Utopía

Una palabra tan trillada puede resultar poco interesante en un planteo del actuar profesional hoy, sobre todo en una matriz cultural que propone lo efímero, teniendo el *carpe diem* como valor individualista por excelencia, donde poco importa el mañana, y mucho menos, el mañana de los demás.

Una concepción en parte real pero demasiado negativa de la sociedad, que se matiza – por suerte- con la opción de muchas/os mujeres y hombres creyentes de un mundo mejor, que optan por seguir confiando en esa utopía.

Este artículo buscaba retomar algunos planteos expuestos en la década de los 60 y 70 en la esfera del Servicio Social, haciendo hincapié en los aportes de la Teología de la Liberación, como grupo dentro del Movimiento de Reconceptualización.

Se buscó no sólo producir memoria de la historia de la profesión, sino también aportar diferentes características de nuestro papel profesional que fueron debatidas y potenciadas en ese período histórico, y que aún hoy siguen siendo vigentes a la hora de repensarnos como trabajadoras/es sociales.

Los movimientos estudiados se dejaron permear por el ideal. Se dejaron mover por lo que soñaban. Y este planteo que puede parecer por demás “romántico” a la hora de pensar nuestro actuar, entendemos es necesario no perder de vista para seguir forjándonos como profesionales que creen en la humanidad con la que trabajan. Nos ayuda con este desafío Bertolt Brecht, cuando nos dice: “No acepten lo habitual como una cosa natural, pues en tiempos de confusión organizada, de arbitrariedad consciente, de humanidad deshumanizada, nada debe ser natural, nada debe ser imposible de cambiar”.

Un verbo: *Creer*.

Cuando ingresamos a la facultad para recibirnos de trabajadores/as sociales, no creemos que no podremos cambiar nada. Tampoco creemos que la sociedad no pueda ser mejor, ni que los pobres no tienen arreglo. No creemos que es “mejor hacer la mía”, y que lo colectivo es pura apariencia, porque en definitiva los protagonistas terminan siendo siempre actores secundarios.

Cuando ingresamos a la facultad para ser trabajadores/as sociales, creemos. Creemos en la gente con la que trabajaremos, y creemos en nosotras/os mismas/os como herramientas de cambio. Creemos que se puede trocar el mundo, aunque sea en el pequeño pedazo que nos toque en gracia. Y creemos en la fuerza del pueblo para hacerse con sus derechos, porque la historia -y la memoria- nos ayudan a creer que es posible.

En el proceso pedagógico académico muchas/os de nosotras/os vamos perdiendo esa confianza. Sobre todo desde las prácticas pre-profesionales, que es cuando nos chocamos con una realidad cargada de frustración, de procesos lentos, de tanta pérdida. Entonces empezamos a dejar de creer que es posible cambiar el mundo, que es posible concientizar, y movilizar, y apuntalar grandes movimientos en las clases oprimidas.

Alayón (1975) ya en los 70 planteaba que las/os estudiantes de esa época tuvieron que encontrar en la realidad de su trabajo, una profesión que poco tenía que ver con los supuestos promulgados teóricamente de cambio de estructuras y concientización popular. Este autor propone que se enseñe un trabajo social más realista, que prepare y eduque al estudiante para ejercer una profesión consciente de sus límites.

Compartiendo sin duda alguna, todos los aportes que nutren de realismo al rol profesional, en este caso desde Alayón, pero también así lo plantea Porzecanski (1972), Kisnerman (1975), entre otras/os, queremos destacar la dimensión utópica que enciende la práctica social de los años 60 y 70, en el marco de la Reconceptualización del Trabajo Social, y que es necesaria –a nuestro enten-

der- para no perder la pista del núcleo de aporte profesional.

No seremos las/os trabajadoras/es sociales quienes cambiemos el mundo, y es preciso no formar idealistas sin razón. Pero tampoco formar racionalistas sin ideal. En definitiva “No hay compromiso por la transformación, si no está motivado por la utopía” (Rebellato, 1989: 103).

¿Cómo integrar el ideal a la realidad desde nuestro quehacer profesional? Desde la Reconceptualización y su inmersión en la realidad social latinoamericana, la profesión marca un antes y un después a la hora de pensar el proyecto societal y profesional que llevará a cabo.

Ambos proyectos se mueven en la lógica de ideales, el primero desde lo que desearíamos como sociedad, y el segundo, desde lo que desearíamos como profesionales en esa y para esa sociedad (Netto, 2003). Seguir debatiendo en lo cotidiano, y con las herramientas de la organización política, la realidad en la que vivimos, y a lo que queremos tender como sociedad, nos ayudará a no soslayar el papel profesional que nos compete, sin hacer de la profesión una apología a la revolución, pero tampoco siendo fieles eslabones de un sistema realmente inhumano.

Nuestra profesión tiene un fuerte fundamento humano vocacional; la coherencia de nuestras opciones profesionales con nuestras opciones vitales, será el mayor signo de revolución posible. Al decir esto, no esperamos como dice Kruse (1971) “que sean un monje laico ni un apóstol, ni un guerrillero”, sino que sean -que seamos- humanamente, políticamente, utópicamente: Trabajadoras/es Sociales.

Conclusiones

En este trabajo buscamos asomarnos a los aportes que la Teología de la Liberación pudo haber hecho (incluso sin saberlo) al Trabajo Social como profesión, sobre todo en el contexto histórico de la Reconceptualización.

Estos puntos de contacto expuestos entre ambos movimientos, derivan en una serie de características a “tener en cuenta”, a la hora

de pensarnos y re-pensarnos también hoy como profesionales del área social.

Pero, ¿Cómo retomar las perspectivas sin absolutizar? Cuando un período histórico tan cargado de incertidumbres y movimientos socio-políticos parece que quedar tan atrás en el tiempo. ¿Se trata acaso de volver a los años 70, de hacer la revolución, de ser subversivas/os...?

Humildemente, y retomando lo expuesto en el trabajo, entendiendo que nuestra actualidad como jóvenes profesionales sobre todo, poco comprende las dimensiones de esa época. Estamos con el título bajo el brazo en una época de pleno empleo, de gobiernos progresistas, de derechos humanos en la agenda pública. Es necesario retomar la historia. Las luchas de la Reconceptualización no son tan arcaicas como parecen, y la falta de introspectiva puede hacernos envejecer de golpe.

Este artículo perseguía una doble posibilidad: producir memoria, como decíamos anteriormente, y re-pensarnos desde esa memoria. Re-conceptualizarnos una y otra vez, desde una historia que nos cuestiona, hacia un futuro que nos pide un trabajo social cada vez más crítico y comprometido. Hacía allí vamos.

Bibliografía

Almada, M. y Frau, P. (2003): “*Desafío de la intervención del trabajo social más allá de la administración de los recursos*”. Universidad de Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://trabajosocial.sociales.uba.ar/jornadas/contenidos/43.pdf>

Baráibar, X. (2005): “*Transformaciones en los regímenes de protección social y sus impactos en el trabajo social*”. En *Katálisis*, V8, N°2, págs.: 155-166. Florianópolis, Brasil.

Bonavía, P. (1994): “*¿Asistencialismo o solidaridad?*”. En “*Umbrales*”. N°46, pág.15-22, Montevideo, Uruguay.

Brockman, J. (2002): “*Oscar Romero: la violencia del Amor*”. Ed. Sal Terrae, España.

Cabestero, T. (2002): “*¿Victoria de los vencidos? Latinoamérica en el Siglo XXI*”. Madrid, España.

- Claramunt, A. (2009): “*El Trabajo Social y sus múltiples dimensiones: hacia la definición de una cartografía de la profesión en la actualidad*”, en Revista Fronteras N° 5. Departamento de Trabajo Social –Facultad de Ciencias Sociales –UDELAR. Montevideo, Uruguay.
- De Robertis, C. (2009): “*Función y profesionalidad del trabajo*”. En “*Palabra que obra*”, N° 10, pág: 198-215. Colombia.
- Fraijó, M. (1985): “*Jesús y los marginados: utopía y esperanza cristiana*”. Ed. Cristiandad. Madrid, España.
- Freire, P. (1970): “*Pedagogía del oprimido*”. Ed. Tierra Nueva, Montevideo.
- Freire, P. (1974): “*Las iglesias, la educación, y el proceso de liberación humana en la historia*”. Editorial La Aurora. Bs As., Argentina.
- Girardi, J. (1971): “*Amor cristiano y lucha de clases*”. Ed. Sígueme, Salamanca, España.
- Girola, L. (2010): “*Talcott Parsons: a propósito de la evolución social*”. En “*Sociología*”. Año 25, N°72, págs: 169-183.
- Gramsci, A. (1977): “*Escritos Políticos. 1917-1933*”. Editorial Siglo XXI. México.
- Gutiérrez, G. (1972): “*Teología de la Liberación: perspectivas*”. Ed. Sígueme. Salamanca, España.
- Gutiérrez, G. (1994): “*Entrevista a Gustavo Gutiérrez*”. En *Pretextos*, n° 6, Pág. 109-117. Lima, Perú.
- Iamamoto, M. (1992): “*Servicio Social y División del Trabajo*”. Editora Cortez, São Paulo, Brasil.
- Iamamoto, M. (2002): “*Intervención profesional frente a la actual cuestión social*” en *Trabajo Social y Mundialización Etiquetar desechables o promover inclusión*. Espacio. Bs As, Argentina.
- Kisnerman, N. (1975): “*Un movimiento de constante búsqueda*”. En *Selecciones de Servicio Social*, N°26, 2° cuatrimestre, Págs: 14-16
- Kisnerman, N. (2005): “*A 40 años de la Reconceptualización*”. En Alayón: “*Trabajo Social Latinoamericano: a 40 años de la Reconceptualización*”. Buenos Aires, Argentina.
- Kruse, H. ((1975)1969): “*El Servicio Social en la Encrucijada*” En Revista “*Hoy en el Servicio Social*” N°16*17. Ed. Grupo ECRO, Buenos Aires, Argentina.
- Kruse, H. (1969): “*Una etapa enriquecedora del Servicio Social Latinoamericano*”. En *Selecciones de Servicio Social*. N°26, 2°cuatrimestre, 1975, págs.: 152-157.
- Kruse, H. (1971): “*La Reconceptualización del Servicio Social en América Latina*”.
- Kruse, H. (1986): “*Filosofía del SXX y Servicio Social*”. Ed. Hvmantitas. Buenos Aires, Argentina.
- Marx, K. (1845): “*Tesis sobre Feuerbach*”. Escrito original alemán.
- Melano, C. (2007): “*Desprenderse para devenir. Travesías y destinos del Trabajo Social argentino*». En Rozas: “*La profesionalización del Trabajo Social*”. Espacio Editorial, España.
- Montaño, C. (1998): “*La Naturaleza del Servicio Social: Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*”. Editorial Cortez. São Paulo, Brasil.
- Navarro, A. (1998): “*De la asistencia social al trabajo social en el servicio social*”. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=170230>
- Negri, P. (2008): “*Trabajo Social y Educación Popular: la recuperación de las propuestas de Paulo Freire para la formación académica, la producción de conocimiento crítico y la intervención profesional*”. En Periódico de trabajo social y ciencias sociales, N°51.
- Netto J. P. (2003): “*El Servicio Social y la tradición Marxista*”. En Borgianni, et al. “*Servicio Social crítico*” Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social.
- Parra, G. (2006): “*La Reconceptualización: Nuevas lecturas*” Congreso de Trabajo Social, Argentina.
- Porzecanski, T. (2005): “*Reconceptualización: una retrospectiva con claroscuros*”. En Alayón: “*Trabajo Social Latinoamericano: a 40 años de la Reconceptualización*”. Buenos Aires, Argentina.
- PP. Francisco (2014): “*Exhortación apostólica Evangelio Gaudium*”. Ed. Paulinas, Uruguay.
- Rebellato, J. (1989): “*Ética y práctica social*”. Eppal, Montevideo, Uruguay.
- Terra, C. y García, R (1994): “*¿Podemos transformar la realidad social? Reflexiones desde una experiencia de pastoral social.*” Obsur. Montevideo, Uruguay.
- Torres, R. (1985): “*Sobre Educación Popular: Entrevista a Paulo Freire*”, en Biblioteca Digital CREFAL, Sao Paulo, Brasil.